

2004: el año del miedo

Concluyó 2003 y ha empezado 2004 bajo el signo universal del miedo. El miedo extendido no es nuevo en la historia. Pero no se trata ahora de aquel miedo milenarista que atemorizó a ciertos sectores de la más fanática sociedad cristiana al acercarse el significativo año 1000, propiciado por la lectura del Apocalipsis de San Juan. El que se fundaba en la prevista llegada del Anticristo y encontraba expresión en las actas del llamado Concilio de Trosly (en Soissons, Francia) en 909, que exhortaban a los obispos a que estuvieran preparados para rendir cuenta de sus actos, ya que el Día del Juicio estaba próximo; o en las referencias de San Odón (?942), el refinado, diplomático y musicógrafo segundo abad de Cluny, a un posible final del mundo en el año 1000. Tampoco es este miedo de ahora el que eclosionó un milenio después, en torno al 2000, revestido de interesados temores a desastres informáticos y tecnológicos de muy variada índole, que nunca ocurrieron, y de ominosas predicciones catastrofistas que resultaron falsas.

El miedo que se alza hoy omnipresente, al pasar de 2003 a 2004, se apoya en otra idea: el terrorismo. En EEUU se ha declarado de nuevo la “alerta naranja”, el grado inmediatamente inferior al máximo posible frente a atentados terroristas. En Nueva York, miles de policías uniformados y funcionarios, provistos de detectores de radiaciones, productos químicos o bacteriológicos, se mezclaron con los que festejaban el nuevo año en las calles y locales públicos. Los vehículos de transporte que atravesaron los puentes de Manhattan fueron revisados cuidadosamente, buscando las armas del terror. Los aeropuertos de todo el

mundo están sujetos a rígidas medidas de control que retrasan y perturban a los viajeros, aunque algunos las acepten resignadamente. Se exige que se incorporen vigilantes armados a algunos vuelos comerciales con destino a EEUU, afrontando la protesta de la mayoría de las asociaciones de pilotos. En París, la Prefectura de Policía anunció que unos 4500 funcionarios velarían por la seguridad ciudadana en la noche de San Silvestre. Desde Alemania a Australia, pasando por Roma o Turquía, las autoridades se han hecho eco de las alarmas que suenan insistentemente en Washington, alertando al mundo contra el nuevo fantasma del terrorismo.

Así sucede que, sin que apenas hayamos cobrado conciencia de ello, ha estallado la guerra continua al terrorismo, en el más puro estilo orwelliano. Declarada en Washington tras el 11-S, casi todos los gobiernos se han apresurado a lograr un puesto en la línea de combate, adoptando retóricas diversas pero no muy distintas de la de Bush. Una guerra sin frentes ni fronteras, y cuyo fin nadie puede siquiera prever; una guerra imprecisa, contra un enemigo que ayer fue Sadam (quien nada tuvo que ver con el 11-S, y muy poco con el terrorismo en general), hoy Osama Bin Laden y mañana, no se sabe quién. Una guerra a la que se alude periódicamente para que la confianza no se instale en los ciudadanos y se mantengan bajo el nerviosismo acobardado del síndrome antiterrorista, pertinaz y fantasmagórico.

Por el contrario, la realidad, como cualquiera puede comprobar por sí mismo, no es que se pretenda proteger a los ciudadanos contra la muerte violenta, individual o



colectiva; se trata solo de enfrentarse al terrorismo, ese concepto mítico, esa palabra hoy sacralizada pero no definida. No es la muerte violenta de los ciudadanos de cualquier país lo que más parece preocupar a su Gobierno. Porque está claro que mueren muchos más habitantes del planeta en accidentes de carretera que por la acción de los terroristas; si se tratara de impedir esas muertes que siembran la desolación en tantas familias y merman los recursos humanos de las naciones, los esfuerzos de los gobernantes habrían de dirigirse en otro sentido. Como también habría que reorientar la preocupación de la humanidad hacia los muertos por el sida, mucho más numerosos en África y Asia que los causados jamás allí por terrorismo alguno.

Y en España, sobre todo, no convendría olvidar a esas 70 mujeres asesinadas por su pareja en 2003, que superan con mucho a las víctimas del terrorismo. Pero no es

así: el presidente Aznar, en su visita a las tropas españolas en Iraq, aseguró que éstas seguirán allí hasta derrotar al terrorismo. ¿Fue esto un desliz fruto de la emotividad arengatoria del acto? (a los políticos españoles les siguen impresionando mucho los actos militares) ¿O realmente piensa Aznar que es posible acabar con el terrorismo en general, con todos los terrorismos, por la fuerza de las armas? Si es así, mucho le queda por aprender en este terreno, aunque alardee de lo contrario.

Hay, pues, en ese pánico antiterrorista que se instila hoy en los ciudadanos tanta irracionalidad como la hubo en el miedo de los años que precedieron al 1000. Pero habría que añadir otro aspecto, como ha señalado Emanuel Todd (Después del Imperio) al analizar la política de EEUU: "La elevación del terrorismo al estatus de fuerza universal institucionaliza un estado de guerra permanente a escala planetaria...". Esto es exactamente lo que anticipaba Orwell en su genial 1984, donde caracterizaba a la guerra moderna diciendo que "...el histerismo bélico es continuo y universal, y las violaciones, los saqueos, la matanza de niños, la esclavización de poblaciones enteras y represalias contra los prisioneros [...], se consideran normales y, cuando esto no lo comete el enemigo sino el bando propio, se estima meritorio". Añadía que esa guerra moderna "...ayuda a conservar la atmósfera mental imprescindible para una sociedad jerarquizada"; dicho de otro modo: unos gobernantes autoritarios y un pueblo asustado. Escrito en 1949, el autor mostró bastante perspicacia y sentido anticipatorio del futuro que se avecinaba. Que es hoy nuestro presente.

Alberto Piris

Semanario La Estrella de Papel

General de Artillería en la Reserva y analista del
CIP-FUHEM